

# Razón de la universidad: identidad, misión y desafíos

JOSÉ MANUEL GARCÍA RAMOS

*Universidad Complutense de Madrid*

RESUMEN: La conferencia inaugural del XXXI *Curso de Pedagogía para Educadores*, titulado «Razón de la universidad: identidad, misión y desafíos», ofrece un marco de referencia útil para la integración de todos los elementos que a lo largo del curso se irán aportando como claves para la renovación de la vida universitaria. En concreto, se plantea la raíz de la identidad universitaria en la creatividad cultural; la misión propia de la universidad como fomento de la vida del espíritu; y finalmente, se destaca como el principal desafío del momento presente el de ofrecer nuevos métodos para la investigación y el avance de la ciencia y el saber.

PALABRAS CLAVE: universidad, identidad, creatividad, liderazgo, desafíos

ABSTRACT: The initial paper of the 31<sup>st</sup> *Pedagogical course for educators*, entitled ‘The reason for the University: identity, mission and challenges’, offers a useful frame of reference for the integration of each of the elements which, throughout the academic year, will be offered as keys to the renewal of university life. In particular, this paper looks at the foundation of the identity of the University in cultural creativity and the particular mission of the University as a stimulus of the life of the spirit. Finally, the main challenge of offering new research methods for the advancement of science and knowledge is highlighted.

KEYWORDS: University, identity, creativity, leadership, challenges

## 1. INTRODUCCIÓN Y PRESENTACIÓN DE LOS OBJETIVOS DEL CURSO

Un año más agradezco a la Fundación Universitaria Española, y en particular a su Vicepresidenta, doña Lydia Jiménez, la cortés invitación a participar en este curso de Educación para educadores, que alcanza ya su trigésimo primera edición, y que tengo el gusto de inaugurar.

Es por ello que dedicaré mi intervención a glosar el tema general del mismo, pensando son ustedes en voz alta sobre cuál es la razón, la misión y los desafíos a los que se enfrenta la universidad, entendida como esa institución secular que a todos evoca cuestiones vinculadas con la excelencia, la cultura, el saber, la ciencia y el alto desempeño profesional.

Pero no cabe duda de que tenemos que ahondar en esas impresiones generales para aportar claves que ayuden al discernimiento acerca de la dirección que han de tomar quienes en ella viven, y en la medida de lo posible, también los políticos que de forma más o menos espuria, asumen un papel director sobre ella que quizá no les compete del todo, y al menos en el modo en que lo realizan.

Como pueden ver ustedes en el programa de las conferencias que constituyen este curso y que podrán disfrutar durante los próximos tres meses, contaremos con un panel de expertos de primer orden que nos darán una visión muy completa y, sin duda, provocadora, de los distintos elementos que han de configurar el quehacer universitario. Desde el papel de las universidades católicas, pasando por el análisis del economicismo de los planes universitarios internacionales, hasta reflexionar sobre la dimensión sapiencial del trabajo universitario o el papel de las humanidades en la universidad del siglo XXI. Baste esta rápida mención de algunos de los títulos para hacernos una idea del interés de este curso.

Paso así a exponer mi reflexión introductoria, que espero sirva de marco general desde el que contemplar todos estos temas y ver su trascendencia y oportunidad.

Cuentan de un catedrático que había bregado en mil batallas en la universidad (ni diré “universitarias” porque a lo mejor no atendían a lo esencial) que definía la universidad como un conjunto de departamentos unidos por

los tubos de la calefacción. Más allá del tono jocoso, la cuestión de fondo que subyace a esa descripción es grave: habla de una institución sin alma, sin espíritu. Menciona conjuntos de individuos y nexos materiales. Pero la universidad no puede ni deber eso.

Por ello en esta conferencia me propongo reflexionar con ustedes, aunque sea sólo brevemente, en los tres elementos que dan título al curso: identidad, misión y desafíos de la universidad. Para centrar un poco mejor mis ideas, a su vez, he tratado de sintetizar lo esencial que quiero decirles de cada una de las palabras en una expresión. Finalmente, para proceder con algo más de orden, en cada uno de esos elementos desarrollaré dos puntos: primero lo que a mi juicio es lo esencial, y segundo, cómo conseguirlo.

## 2. LA IDENTIDAD DE LA UNIVERSIDAD: CREATIVIDAD CULTURAL

En primer lugar, quiero afirmar claramente que la identidad de la universidad consiste en ser un faro de auténtica creatividad cultural. Seguramente la de la creatividad sea una de esas palabras mágicas, o palabras talismán que diría López Quintás, que se utiliza ya para casi todo en el ámbito educativo. Basta calificar algo como de “creativo” para que inmediatamente suene a novedoso, innovador, revolucionario... y casi automáticamente, a beneficioso y mejor que lo anterior. El caso es que la universidad, por definición, sí debería ser creativa. En el sentido más genuino de la palabra, porque tendría que estar ofreciendo a la sociedad siempre las claves que necesita para conocer la realidad material, para interpretar la realidad social, para construir la realidad artificial, en los tres casos, en orden al bien común y al servicio de la persona. Como veremos en el último punto, a mi juicio el de ofrecer nuevos métodos es uno de los desafíos más claros que tiene la universidad hoy si no quiere convertirse en una lacra. Pero no adelantemos acontecimientos.

Cuando afirmo que la universidad tiene que ser creativa, aquí me refiero a que toda su labor debe estar animada por el espíritu de búsqueda de la verdad. Independientemente del tipo de ciencias que aborde, prácticas o teóricas, empíricas o humanísticas; independientemente de la titularidad de la misma: privadas, públicas o pontificias; ya digo, independientemente de todo

ello, la universidad se ha de caracterizar por buscar conocer mejor la realidad. Y por eso es creativa, ya que nunca el espíritu humano se puede dar por satisfecho con lo alcanzado, nunca la inteligencia humana agotará todas las parcelas de la realidad, nunca el ingenio humano habrá conseguido ofrecer a los demás los mejores modos de vida, los conocimientos más útiles, la sabiduría más satisfactoria.

Es muy conocida la definición que de la universidad ofrecía el Rey Alfonso X el Sabio en la Segunda de sus Siete Partidas, la ley primera del título 31 —*De los estudios en que se aprenden los saberes y de los maestros y de los escolares*—: «ayuntamiento de maestros et escolares que es fecho en algunt lugar con voluntad et con entendimiento de aprender los saberes». Desde ese primer momento originario, está clara la identidad de la institución. No hay universidad sin voluntad y entendimiento de buscar la Verdad, de dedicar al ejercicio de la razón todo el esfuerzo y el trabajo.

Una de las causas más claras de la crisis y destrucción del espíritu universitario es, precisamente, la pérdida de esta identidad, por motivos de lo más variado y que no podemos desarrollar aquí, aunque aludiremos a los principales. Decía en la década de los cuarenta el poeta Salinas en unas conferencias pronunciadas en el exilio en Puerto Rico: “se ha introducido en la universidad el principio de destrucción de la misma: la indiferencia y la falta de respeto al saber puro y a la cultura desinteresada. Se podría decir que hoy la universidad tiene en sus manos su vida o su muerte, y en muchos casos se está preparando la muerte. Algunos lo llamarán evolución. Con una palabra no se resuelve un problema, se le esquivo, se le torea”<sup>1</sup>.

Efectivamente, con una palabra no se resuelve el problema, aunque son muchos los nominalistas de diferente cuño que hoy pululan por los ambientes culturales y comunicativos, predicando que podemos configurar la realidad con nuestro lenguaje y que basta cambiar el modo de referirnos a las cosas para cambiar su esencia misma. Ni siquiera un poeta como Salinas, buen conocedor de la fuerza del lenguaje, podía admitir que con las palabras cambiáramos la realidad. La podemos maquillar o camuflar, pero no cambiar. Y así, la identidad universitaria no puede quedar al margen de la razón,

---

<sup>1</sup> P. SALINAS, *Defensa del estudiante y de la universidad*, Ed. Renacimiento, Sevilla 2011, 52.

de la auténtica creatividad cultural que se deriva del ejercicio de la razón. Veamos con algo de detenimiento esto.

### 2.1. *La búsqueda de la razón*

La palabra razón, como la palabra verdad, son dos palabras muy desprestigiadas en nuestros días, tras el abuso que de ellas se hizo durante toda la Modernidad. No podemos olvidar la deriva que desde el *Discurso del Método* de Descartes tuvieron ambas realidades, convertidas en mundos cerrados y autosuficientes. Lo que por un tiempo más o menos funcionó, porque la razón humana y la teoría no son ajenas a la verdad, pero que a medida en la que se convirtieron en autorreferenciales, se absolutizaron y dejaron de referirse a lo real. Como recordaba este papa en su primera encíclica, *Lumen Fidei*, el joven Nietzsche invitaba a su hermana Elisabeth a arriesgarse, a «emprender nuevos caminos... con la inseguridad de quien procede autónomamente». Y añadía: «Aquí se dividen los caminos del hombre; si quieres alcanzar paz en el alma y felicidad, cree; pero si quieres ser discípulo de la verdad, indaga». Con lo que creer sería lo contrario de buscar. A partir de aquí, Nietzsche critica al cristianismo por haber rebajado la existencia humana, quitando novedad y aventura a la vida. La fe sería entonces como un espejismo que nos impide avanzar como hombres libres hacia el futuro<sup>2</sup>.

Vemos cómo para el filósofo de la muerte de Dios, razón y verdad son sinónimos de autosuficiencia. La deriva de todo esto en los siglos XIX y XX ya las conocemos, con el surgimiento de las ideologías y sus abusos. Pero eso no es la razón ni la verdad. La dificultad con la que hoy nos encontramos, por tanto, para hablar de la razón y la verdad es la de que todos andan precavidos ante ellas, como si cuando hablamos de buscarlas estuviéramos tratando de defender alguna forma de ideología. ¡Nada más lejos de la realidad!

En diciembre del año pasado el diccionario Oxford del inglés incluyó entre su repertorio la palabra “post-truth”, que muchos se apresuraron a traducir como “post-verdad”. Pero, ¿a qué se refieren con “post-verdad?” Es una

---

<sup>2</sup> FRANCISCO, Enc. *Lumen fidei*, n. 2.

palabra, inventada hace unos años por el sociólogo Ralph Keyes para dar título a un ensayo. Con usos de lo más variado y dispar, con esa palabra se quiere resumir el valor que tienen en nuestra sociedad las emociones y las prolongaciones sentimentales de los hechos y realidades, por encima de los hechos mismos o de la realidad y sus razones. Huelga decir que tras el referéndum en Reino Unido para salir de la Unión Europea o la victoria de Donald Trump en las elecciones norteamericanas, son muchos los que han tirado de esa palabra para explicar el auge de los populismos.

Pero a mi juicio, lo que hacen es describir, no explicar. Necesitamos razones para ir a la causa de las cosas. La posverdad está ganando terreno a la verdad como moneda de cambio en los medios de comunicación y entre los políticos. ¿Lo hará también entre los universitarios? Confío en que no, porque precisamente en ese momento estaríamos cediendo a la apariencia frente a la realidad; a la impresión frente al contenido esencial; a lo efímero frente a lo permanente. Es mucho más cómodo hablar de posverdad que de mentira, claro. Suena menos agresivo. E incluso tiene un toque chic. El poder de la posverdad es el poder de la ausencia de la razón. Y el de la comodidad para no esforzarnos en buscar la verdad, tarea nada fácil, sin duda. Y la universidad no puede ceder ante ello.

Otro sociólogo, Zygmunt Bauman, quien acuñó el término de la modernidad líquida —lo que no quedaría muy lejos de la posverdad, pues al fin y al cabo, describe con ello a una sociedad que se guía por impresiones, sin pilares estables— afirmaba en una entrevista con motivo de la presentación de su libro *Extraños llamando a la puerta*, que urge “ayudar a los ciudadanos a entender lo que ocurre para que tomen sus propias decisiones. Entiendo que es difícil encontrar sentido a la vida, pero es menos difícil si sabes cómo funciona la realidad que si eres un ignorante”. Lo que, evidentemente, pone de nuevo sobre la mesa el valor de la razón y de la verdad como ejes de la vida personal y social. Un poco más adelante, en la misma entrevista recuerda tres cosas que dice el papa Francisco sobre cómo construir una sociedad sana.

La primera, recuperar el arte del diálogo con gente que piensa distinto, aunque eso te exponga a la posibilidad de salir derrotado. La segunda, que la

desigualdad está fuera de control no sólo en el ámbito económico, sino también en el sentido de ofrecer a la gente un lugar digno en la sociedad. Y la tercera, la importancia de la educación para unir ambas cosas: recuperar el diálogo y luchar contra la desigualdad.

Quiero fijarme en la primera de ellas: el arte del diálogo con los otros, porque resume los dos puntos que quiero abordar brevemente con ustedes: el primero, la necesidad de que la búsqueda de la verdad y de la razón se haga en comunidad; y el segundo, el diálogo como el mejor método para llevar adelante la misión de la universidad que apuntaré en el siguiente apartado.

## *2.2. La promoción de una comunidad*

Uno de los inconvenientes por los que no resulta sencillo buscar la verdad y promover la razón es por la ausencia de auténticas comunidades de buscadores, como las que la universidad promovía en sus inicios y que forman parte de su identidad. El mercantilismo y el individualismo que permean todas las facetas de la realidad personal y social afectan, como no podía ser de otro modo, a la universidad. Pero es que la comunidad ofrece un buen antídoto contra las tentaciones de las ideologías, que no son más que expresión de soberbia intelectual. Descubrir la verdad implica ponerse al servicio de ella, no adueñarse de ella. El auténtico universitario se encuentra con la verdad, no la encierra en su mente, y menos aún en una teoría al modo de un conjunto de enunciados autosuficientes, de un sistema que define la verdad en clave de consistencia, en vez de servir para el encuentro significativo con la realidad.

Cuando el trabajo se hace en comunidad, el sujeto adquiere protagonismo en la medida en la que se abre a los otros, en la medida en la que está con ellos al servicio de la razón y de la verdad, y no en la medida en la que se sirve de todos ellos. Resulta difícil conseguir algo así, además de por el individualismo al que ya he aludido, por el modo en que el Estado ha entrado a valorar y acreditar a los profesores, induciendo una competitividad ajena a la auténtica colaboración. Pero eso no deja de ser un aspecto secundario que cualquiera dispuesto a encontrar la verdad sabrá superar sin problemas. En este punto, pues, la humildad intelectual es un paso primordial para seguir

adelante. Humildad que lejos de cualquier forma de irenismo o de cinismo, supera los falsos complejos para poner toda la fuerza de la razón y del espíritu al servicio de la Verdad.

De este modo, la comunidad universitaria aporta también ayuda, sostén. Porque buscar la verdad y poner la razón en juego exige sacrificio, esfuerzo, lucha. Y el desánimo acecha a la vuelta de la esquina.

Finalmente, la comunidad universitaria tiene un cierto carácter de élite, lo que no se contradice con la humildad intelectual de la que acabo de hablar. Ese carácter de élite reside, sobre todo, en su vocación de servicio. El saber no es un lujo, aunque sí puede serlo dedicar tiempo y dinero a que haya personas que hagan del mismo su profesión. De entrada, no tiene por qué ser algo productivo. La dinámica mercantilista, que tanto está dañando el auténtico espíritu universitario, es ajena a los modos de la búsqueda de la verdad. Que a su vez, son los mismos que exigen su difusión. Buscar la verdad y ponerla al servicio de la persona y en la promoción del bien común son todo uno. No se puede limitar a encontrar algo y no darlo a conocer. Volveremos sobre ello en el último punto dedicado a los desafíos.

### 3. MISIÓN DE LA UNIVERSIDAD: CULTIVO DEL ESPÍRITU

En segundo lugar, la universidad tiene como misión el cultivo del espíritu, la formación del universitario, y no la mera instrucción academicista, o la simple acumulación de datos y erudiciones científicas.

Decía Jaspers que “la universidad es la base sobre la cual la sociedad y el Estado pueden dar lugar a la más clara conciencia de la época. [...] es una institución con objetivos reales. Sin embargo, estos objetivos se alcanzan en un impulso ascendente del espíritu que trasciende toda realidad para regresar a ella con más claridad, seguridad y firmeza”<sup>3</sup>.

Como se ve, la misión de la universidad apela a las cuestiones más nobles del espíritu humano, ha de aspirar a transformar el mundo y la realidad por medio de la transformación y ennoblecimiento del espíritu humano, del uni-

---

<sup>3</sup> K. JASPERS, *La idea de la universidad*, Eunsa, Pamplona 2013, 18.



versitario que acude a sus aulas. Si no resulta fácil defender que la identidad de la universidad estriba en la búsqueda de la verdad y el genuino uso de la razón, tampoco es fácil proponer que su misión consiste en formar a la persona, en el fondo, por la misma razón por la que se rechaza el concepto de verdad y el uso de la razón: por el miedo a la ideología, al adoctrinamiento, a la manipulación. Pero dicho miedo no tendría razón de ser si de lo que hablamos es de formar a la persona en la apertura para el descubrimiento de sí misma, de la realidad y del sentido de su quehacer profesional. Apuntaré, pues, cómo considero posible esta formación por un lado, y por otro, cómo la mejor manera para este cultivo del espíritu es el diálogo.

### 3.1 *La formación de la persona*

Recupero, una vez más, unas palabras de poeta Salinas ya citado: “El estudiante necesita tener conciencia de serlo. Aunque no vaya a estudiar más en su vida, esos años son una etapa de ella y debe vivirlos como estudiante. No ser un cualquiera que vive como todos y se limita a ir a clase, no. El estudiante debe poder entregarse a la atmósfera que le rodea, orgulloso de ella, integrarse en la labor común, saliendo de su estrecho recinto especial. Un estudiante es un hombre que tiene fe en que por medio del estudio y de la ampliación de sus conocimientos, va a mejorar y enriquecer su naturaleza humana, no en cantidad, sino en calidad, va a hacerse más persona, mejor persona y a cumplir mejor su destino, va a entender mejor los problemas del hombre y del mundo. El que toma el estudio como vía de acceso a beneficios de imprevisible grandeza, y no a la posesión de una habilidad que le permite ganar dinero. Lo que hay que fomentar en el estudiante es ese valor vital de la cultura, esa fe en su capacidad para elevar la naturaleza del hombre”<sup>4</sup>.

Aunque el texto es algo largo, creo que merece la pena porque es muy explícito en lo que supone la búsqueda de la formación personal: superar la visión utilitarista y pragmática por un lado, y aspirar a ennoblecer a la persona. Toda visión ideológica de la persona, de la realidad y del mundo mutila la capacidad del espíritu humano. Porque introduce al universitario en una

---

<sup>4</sup> P. SALINAS, *Defensa del estudiante y de la universidad*, o.c., 50.

dinámica de relaciones yo-ello, que en buena síntesis, son las que han reducido durante los últimos dos siglos el uso de la ciencia y de la razón.

Es cierto que Kant nos previno a través de una de las formulaciones de su imperativo categórico para tratar a los demás siempre como fin y nunca como medio. Pero con la estructura de las relaciones yo-ello me estoy refiriendo aquí a una cuestión más radical que afecta a todo el modo en que nos relacionamos con la realidad, con la ciencia, con la sociedad, con la cultura, con uno mismo.

Porque el primer obstáculo para la formación auténtica del universitario es, precisamente, ese tratarse a sí mismo como ello, no saber dialogar con uno mismo, no dejarse interpelar en lo más profundo de su ser por las experiencias, por los descubrimientos, por las relaciones. El universitario se trata a sí mismo como ello cuando sólo busca un título con el que ganar dinero, cuando no estudia para formarse sino sólo para aprobar, cuando no aprovecha su estancia en la universidad para crecer en la calidad de sus relaciones con los otros, cuando no descubre en el mundo y la realidad que le rodea posibilidades de crecimiento personal.

Son muchos los sistemas de pensamiento, sobre todo en el último siglo, que nos han condicionado culturalmente para que esto sea así. Desde el materialismo marxista, que concebía, explicaba y trataba todas las relaciones (intelectuales, sociales, familiares...) como meras funciones de los intereses económicos; pasando por el psicoanálisis y sus derivados, que encerraban al hombre en el círculo de las pulsiones inconscientes; hasta terminar con los distintos estructuralismos, aún tan presentes en muchas disciplinas del área de las ciencias sociales y humanas, que consideraban todas las manifestaciones de la vida humana como expresiones de estructuras inconscientes, pre-reflexivas y colectivas.

Todo esto ha moldeado el modo de acercarse a la universidad y el rechazo de la formación personal como algo ajeno al rigor académico. Espero haber mostrado, aunque sea someramente, que nada más lejos de la realidad. O mejor, que nada más ideológico y manipulador que seguir anclados en una visión de la formación personal ajena al auténtico cultivo del espíritu. Es en este sentido que podemos hablar del diálogo como mejor método para cultivarlo. Al igual que la promoción de una comunidad de buscadores era el

mejor modo de cultivar la búsqueda de la razón, el cultivo del diálogo será la mejor manera de formar a la persona. Me explicaré.

### 3.2. *El fomento del diálogo*

El diálogo entre las personas permite el cultivo de las relaciones de encuentro, y de ellas, surge también el modo de relacionarse con uno mismo y con la realidad. El diálogo nos lleva a ampliar la mirada sobre lo real para evitar reducirlo a mero objeto, cuantificable y manipulable, y poder considerar la realidad como un ámbito de relaciones en el que la ciencia ocupa un espacio y aporta un conocimiento. Pero en el que es más importante descubrir el sentido. Como dice Agejas en su libro *La ruta del encuentro. Una propuesta de formación integral en la universidad*, “El desarrollo pleno de la persona pasa, pues, por el descubrimiento del sentido. Lo que supone que nuestro desarrollo nos hace cada vez más capaces de plantearnos las preguntas adecuadas. El asombro, la actitud de sorpresa ante la realidad, nos lleva a no dar nada por sentado, excepto el punto de partida: el hecho mismo de que nos encontramos ante una realidad interpelante, de que somos capaces de plantearnos las preguntas oportunas. [...] La explicación de lo real supone que somos capaces de hacernos, por tanto, la pregunta oportuna. [...] El asombro ante la realidad es la actitud que nos permite encontrarnos con la pregunta interpelante que ella nos plantea. Y la primera y más relevante pregunta que nos interpela es la pregunta por el sentido, porque es la que apela a lo más radical de nuestra naturaleza racional. [...] Para ello, el ser humano ha de acercarse a la realidad sin prejuicios y sin reduccionismos. Y gracias a esa actitud básica, descubrir que el sentido para sus anhelos está más allá del dato inmediato. Para encontrarlo, y gracias al asombro, el ser humano descubre que tiene que aprender a formular las preguntas adecuadas”<sup>5</sup>.

Como puede verse de estas palabras, cuando hablamos de una actitud de diálogo estamos diciendo mucho más que un mero saber escuchar respetuosamente al otro. Nos referimos a una actitud radical del espíritu que se pone en disposición de escucha, que sabe atender razones, que no se limita a lo ya

---

<sup>5</sup> J. A. AGEJAS, *La ruta del encuentro*, universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2013, 28.

alcanzado, que confía en que el camino de la propia formación, del ennoblecimiento personal, aporta lo mejor de uno mismo a la ciencia, al bien común, a la mejora de las condiciones personales.

Dicho de otro modo, es casi un imperativo categórico porque en ese momento la ciencia pasa a ser realmente ciencia, desinteresada, aumento del saber por sí mismo, contribución personal al crecimiento material y moral de los otros. Y eso porque el camino humano es el camino de la verdad. Y la verdad no es una teoría que se sabe y domina, es una experiencia que engloba todas las dimensiones del ser humano. Es lo que Benedicto XVI les comunicaba a sus exalumnos en uno de esos cursos de verano que celebraba desde mediados de los años setenta: “Si hoy leemos en la Carta de Santiago: «Sois generados por medio de una palabra de verdad», ¿quién de nosotros podría alegrarse de la verdad que nos ha sido donada? Nos viene enseguida la pregunta: ¿Cómo se puede tener la verdad? ¡Esto es intolerancia!

La idea de verdad e intolerancia hoy están casi fusionadas entre ellas, y así no logramos creer de hecho en la verdad, o hablar de la verdad. Parece estar lejos, parece algo que es mejor no utilizar. Nadie puede decir: tengo la verdad — esta es la objeción que hay—, y justamente nadie puede tener la verdad. ¡Es la verdad la que nos posee, es algo vivo! Nosotros no somos sus poseedores, sino más bien estamos aferrados por ella. Solamente si nos dejamos guiar y mover por ella permanecemos en ella, solamente si somos, con ella y en ella, peregrinos de la verdad, entonces está en nosotros y para nosotros.

Pienso que tenemos que aprender nuevamente este «no tener la verdad». Así como no podemos decir: «mis hijos son una posesión mía», porque en realidad son un don y como don de Dios nos fueron dados para una tarea, así no podemos decir: «tengo la verdad», sino más bien: la verdad vino hacia nosotros y nos impulsa. Tenemos que aprender a dejarnos mover por ella, hacernos conducir hacia ella. Y entonces brillará de nuevo: si ella misma nos conduce y nos compenetra”<sup>6</sup>.

Creo que estas últimas palabras del papa Benedicto expresan bien lo que he querido apuntar con el fomento del diálogo como mejor modo para alcanzar el cultivo del espíritu, la auténtica formación. Y eso referido sólo a la cuestión del

---

<sup>6</sup> BENEDICTO XVI, *Homilía durante la misa con sus exalumnos*. 2 de septiembre 2012.

encuentro con la verdad, pero huelga decir que esa actitud de diálogo debería llevarse a todos los ámbitos de la vida universitaria: encuentro con los profesores, el resto de los compañeros, la comunidad en su conjunto, con el fin de que esa formación alcance unos niveles mayores de excelencia.

#### 4. DESAFÍOS PARA LA UNIVERSIDAD: LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Y llego así al último punto de mi intervención, donde quiero señalar uno de los retos o desafíos que a mi juicio tiene hoy la universidad, y al que ya aludí al hablar de la creatividad cultural: descubrir en los signos de los tiempos la urgencia de aportar nuevos métodos para el desarrollo de la razón. Como decía antes, el auge de los populismos es un síntoma más de una sociedad en la que el esfuerzo racional brilla por su ausencia. Y, sobre todo, de una sociedad en la que el cultivo de lo irracional se ha extendido de tal manera que no se sabe ahora cómo hacerle frente. La etiqueta de “posverdad” no ayuda más que a describir, pero no a prescribir una solución. A las ya apuntadas, de recuperar la identidad y misión, quiero añadir ahora un desafío que considero tan específicamente universitario que no podemos dejar que pase el tiempo sin hacerle frente.

Para que la universidad reencuentre su alma —dice Llano—, para que se oriente con decisión hacia lo nuevo, es imprescindible organizar un insólito modo de pensar que sea capaz de moverse en escenarios contrafácticos, es decir, que no sacralice los hechos ni se someta dócilmente a las valoraciones culturales imperantes<sup>7</sup>.

##### 4.1. *Descubrir nuevos métodos*

Creo que este es uno de los desafíos más apasionantes, porque pone en ejercicio las dos cuestiones mencionadas hasta ahora: recupera el sentido genuino de búsqueda de la verdad por un lado, y lleva al cultivo del espíritu a través del estudio y desarrollo de las ciencias particulares.

---

<sup>7</sup> A. LLANO, *Repensar la universidad. La universidad ante lo nuevo*, Eiunsa, Madrid 2003, 42.

Es motivo de confianza saber que son muchos los que ya se han aventurado por estos derroteros. Una de las últimas iniciativas surgidas al respecto, si no me equivoco, es la convocatoria que la Fundación Joseph Ratzinger juntamente con la Universidad Francisco de Vitoria han hecho de los “Premios Razón Abierta”. Todos sabemos cómo el Cardenal Ratzinger primero, y luego Benedicto XVI, acuñó dicho concepto para promover frente al relativismo y el empirismo imperantes, la tarea de recuperar la razón, de salvarla de los límites en los que se había metido ella sola con la deriva de la Modernidad, a la que ya hemos aludido. Como se dice en la presentación de dichos Premios, el concepto de razón tiene que ensancharse para ser capaz de abarcar y explorar los aspectos de la realidad que van más allá de lo puramente empírico y lograr una síntesis armoniosa de saberes que integren la teología y la filosofía para poder comprender la realidad respetando su dimensión metafísica. Las cuestiones fundamentales del hombre, cómo vivir y cómo morir, no pueden quedar excluidas del ámbito de la racionalidad. La Razón Abierta es, por tanto, aquella que está abierta a conocer con verdad lo que le rodea, escapando de las restricciones ideológicas y subjetivistas que impregnan muchas veces el ámbito del conocimiento.

Cuando el método deja de ser un medio de acercamiento a la realidad y se convierte en un fin, cuando piensa por nosotros, entonces hemos caído presos de la ideología, hemos abandonado el camino del espíritu y nos hemos arrojado en manos de un reduccionismo que puede tener réditos interesantes, aplicaciones útiles, desarrollos beneficiosos, pero nunca promoverá el bien integral de la persona, el bien común de la sociedad, la creatividad cultural.

Estos nuevos métodos deben articular las preguntas más radicales del hombre con los modos de acercamiento a los aspectos particulares de la misma. No es posible, por poner un ejemplo rápido y creo que elocuente, que un científico considere que es un avance sin precedentes manipular embriones humanos porque él sólo busca desarrollar técnicas, y que ya verán los éticos qué hacen con ellas. Las preguntas por el *qué* y el *cómo* estar en relación. Y quien las pone en relación es la persona, el investigador. En el fondo, los métodos estarán siempre al servicio del universitario que se pre-

gunta, para permitirle hacerlo no sólo con lógica, sino también con razón en sentido amplio, esto es con coherencia entre todos los niveles de la realidad.

#### 4.2. *El liderazgo social*

Será entonces cuando esos universitarios lograrán el auténtico liderazgo social que supere los peligros de la posverdad, de los populismos. Se trata de un liderazgo ausente en muchas de las capas de la sociedad, un liderazgo que ha de apelar al ámbito de la conciencia, un liderazgo que mejorará la sociedad en la medida en la que gracias a él las personas, empezando por los servidores públicos, se vean interpelados por un horizonte de realidad que es superior a ellos mismos, con un horizonte que constituye su intimidad desde lo más profundo.

En este sentido, me parece que es muy elocuente el reciente libro de Javier Prades, *Dar testimonio*, en el que desarrolla la categoría de testimonio como lugar de conocimiento. Claro que está pensando en los cristianos y su presencia en el mundo. Pero realmente es igualmente válido si pensamos en que la universidad ha de ser el lugar de la búsqueda, encuentro y difusión de la verdad. La Modernidad ha confundido el problema de la verdad con la cuestión del conocimiento, por lo que trabajar en el liderazgo de la universidad es proponer la necesidad de la verdad integral más allá de las certezas empíricas o subjetivas.

En ese interesante ensayo, Prades, a quien tendremos la suerte de escuchar también en este curso, aborda con todo detalle cómo es posible que la razón acceda a la verdad a través del testimonio. El liderazgo universitario encuentra en este desarrollo toda su justificación y su razón de ser, además de un interesante respaldo ante las acusaciones que sufra muchas veces la universidad por parte de quienes consideran que vive “ajena a la sociedad” o “desligada de la empresa”. Si lo pensamos bien, tales acusaciones casi podríamos ser elogios. No digo que lo sean necesariamente en este momento, pues el hecho de no caer en los intereses meramente mercantilistas de las empresas, no necesariamente supone que esté desarrollando su labor de formación como la hemos descrito en los apartados anteriores. Al recordar a von Balthasar y su comunicación dialógica de la verdad, dice:

Frente a esa “mitología racionalista” o ideal de la razón “ab-soluta”, aparece una concepción que muestra la unidad del hombre en todas sus facultades en el acto de conocer, así como la constitutiva apertura al otro desde la raíz misma del conocimiento individual»<sup>8</sup>.

Desde luego no pretendo comparar el liderazgo universitario con el testimonio cristiano, pero creo que estas reflexiones de Prades nos permiten comprender mejor cómo el desafío más urgente de la universidad en una sociedad identificada por una cultura consumista, individualista y pragmática, es el de aportar claros referentes, críticamente consolidados, para el crecimiento personal, el desarrollo social y el ennoblecimiento de todas las actividades humanas.

## CONCLUSIÓN

Llegamos así al final de mi intervención, que espero haya servido para suscitar algunas ideas para el debate y la reflexión. Me gustaría concluir insistiendo en el convencimiento de que nos encontramos en un momento apasionante de la Historia. Uno de esos de los que podemos esperar un desarrollo cultural intenso, una época orgánica, a decir de Rupnik. La crisis da testimonio de que la época crítica en la que hemos vivido los últimos siglos ha llegado a su fin. Y le sucederá la orgánica, es decir, una época en la que nos hemos de atender y rescatar los restos de la época crítica, sino ser creativos, aplicar un discernimiento en el que sea la vida auténtica de apertura a la verdad la que nos marque las pautas. Una época de inteligencia contemplativa, no racionalista. La universidad nace como institución antes de la época crítica que estamos cerrando. Ha quedado asfixiada, en buena medida, por la dinámica racionalista que la envolvió. Pero su fuerza como institución es mayor y supera esos límites.

Un colegio de profesores que forman comunidad, una formación personal que se desarrolla en el diálogo, en definitiva, una institución que vive de otra

---

<sup>8</sup> J. PRADES, *Dar testimonio. La presencia de los cristianos en la sociedad plural*, BAC, Madrid 2016, 320.



manera para ofrecer una alternativa real y creativa a una cultura y una sociedad que buscan, por sus propios derroteros, modos de expresión y organización que escapan a los rígidos moldes de una Modernidad que ya ha caducado.

En este sentido, estoy convencido de que la universidad católica como decía el papa san Juan Pablo II en la *Ex Corde Ecclesiae*, “Nacida del corazón de la Iglesia, se inserta en el curso de la tradición que remonta al origen mismo de la universidad como institución, y se ha revelado siempre como un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad” (n.1).

Confío en que estas ideas aquí expresadas ayuden a esta renovación y a esta presencia profética de la universidad en la sociedad actual.

## BIBLIOGRAFÍA

- AGEJAS, J.A., *La ruta del encuentro*, Universidad Francisco de Vitoria, Madrid 2013.
- BENEDICTO XVI, *Homilía durante la misa con sus exalumnos*. 2 de septiembre 2012.
- JASPERS, K., *La idea de la universidad*, Eunsa, Pamplona 2013.
- JUAN PABLO II *Ex Corde Ecclesiae*, (1990).
- LLANO, A., *Repensar la universidad. La universidad ante lo nuevo*, Eiuinsa, Madrid 2003.
- PRADES, J., *Dar testimonio. La presencia de los cristianos en la sociedad plural*, BAC, Madrid 2016.
- RUPNIK, M.I., *El arte de la vida*, Fundación Maior, Madrid 2013.
- RUPNIK, M.I., *Veo una rama de almendro*, San Pablo, Madrid 2015.
- SALINAS, P., *Defensa del estudiante y de la universidad*, Ed. Renacimiento. Sevilla 2011.
- UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA: [www.premiosrazonabierta.org](http://www.premiosrazonabierta.org)